

CANCERLANDIA

ESE LUGAR A DÓNDE TE ENVÍA EL CÁNCER

Luja también estuvo en ese lugar. Sólo aquellos que han estado allí, lo saben. Es un mundo imaginario y real a la vez. No existe, pero vives en él desde el momento en el cáncer se acerca, te roza y te hiere.

Llegó a cancerlandia en 2008.

- Tienes una lesión maligna, dijo el médico.

Pero ni siquiera se atrevió a pronunciar la palabra clave.

- ¿Qué significa lesión maligna? Preguntó Luja.
- ¿Es cáncer?
- Sí

Para entonces, ella solo veía al médico mover la boca. No podía escuchar, pero sí entendió la gravedad. La cara del médico lo decía todo. En la cabeza de Luja de 37 años habían metido un altavoz, a todo volumen. Era el zumbido del miedo sonando demasiado alto. El vértigo era tan grande que temió marearse. Aún no lo sabía pero acababa de entrar en CANCERLANDIA, ese mundo imaginario y real a la vez.

Salió del hospital. Una mano agarrada a la de su marido que sostenía, como podía, su frágil cuerpo. Ella no caminaba, flotaba. Y en la otra mano, una carpeta donde se podía leer. CÁNCER DE MAMA.

HAN PASADO CASI 18 AÑOS

¡Qué suerte! Luja se lo repite a diario. Hay que tener suerte hasta para tener cáncer. Y ella la tuvo. Le costó entender esa frase. Quizás por eso ahora la repite tanto.

Qué suerte tienes le dijo una amiga también con cáncer de mama. ¿Por qué me dices eso si las dos tenemos el bicho? Porque tú vas a vivir y yo no, sentenció. Y así fue.

Manoli se marchó a vivir a Cancerlandia.

¡Qué suerte tienes! se repite Luja cada día al levantarse.

Imposible olvidar cada momento de aquel Año Horribilis. Sin querer vivir en la nostalgia, Luja lo recuerda porque no quiere olvidar el significado de las 6 letras de esa palabra tan impronunciable, C Á N C E R.

Luja pasó un año hibernando. Vivió como aletargada, circulando, pero al ralentí. Viendo cómo la vida seguía para los demás, pero no para ella. Le habían

colocado delante un stop bien grande.

- 'Te vamos a destrozar la vida un tiempo, pero saldrás'.

Ironías de la vida... porque aquellas palabras las pronunció la doctora Mariví Collado a quien se la llevó el cáncer, y en su nombre es el Certamen de Relato Corto en el que Luja se decide, a participar.

Le costaba creer en aquellas palabras pronunciadas por la doctora, tan segura de sí misma. Por si acaso, aquella frase Luja se la grabó a fuego, pero, según le abandonaban las fuerzas, se difuminaban. Además, su cuerpo y su mente ayudaban poco porque estaban muy cansados.

La vida seguía y Luja continuaba concursando sí, pero de espectadora, entre el público, sin comprender por qué le había tocado a ella. Mientras tanto sus bebés de 1 y 2 años demandaban cada vez más atención y cuidados. Miraban a su mamá sin pelo. Le tocaban la cabeza. Les gustaba, quizás porque estaba suave.

El pelo solo es pelo. ¡Qué frase más tonta! Cuando le dijeron que tenía cáncer, Luja se moría solo de pensar que perdería su larga melena rubia.

- Estás enferma

Eso le contestaba el espejo cuando Luja se miraba. La falta de pelo era solo una prueba más de 'sigo estando enferma'.

Pero además del pelo, a Luja le habían quitado el timón. Era como si alguien controlara su vida... pero ¿quién?

En poco tiempo, ella no era ella. Pasó toda la enfermedad intentando adivinar quién tenía el control. Empezó a pensar que nunca recuperaría las fuerzas, que nunca volvería a ser la misma mujer fuerte y rebotante de energía, que nunca regresaría a su trabajo de periodista.

Decidió no decirse a sí misma lo mal que se encontraba a pesar de quedarse horas en la cama dando la orden a un dedo de su mano.

- Arriba

Pero no se movía. Algo fallaba. ¿Por qué no obedecía su dedo?

Luja pasaba mucho tiempo tumbada con la mirada perdida, pero observando a través de la ventana. Y su atención la captaba una familia de urracas que vivían en un abeto.

- Y pensaba... Qué nombre tan feo para un ave tan bella vestida de blanco y negro. La pureza y la elegancia. Era injusto ese nombre para los pingüinos en el aire.

Jamás se había detenido a observar tanto tiempo cómo alimenta un pájaro a sus crías, cómo levantan el vuelo, cómo aterrizan en el árbol... a veces lo hacían en vuelo rasante, otras veces parecía que no lograrían poner sus patas en la rama. Era divertido observar a aquella familia. Cuando no estaban en el árbol, Luja se imaginaba a las dos urracas grandes y a las urracas pequeñas surcando el cielo y dibujando estelas. De repente, ahí estaban, como jugando al escondite en el abeto.

Luja prefería observar a las urracas a leer porque para leer se necesita concentración y a ella le faltaba. Mejor dicho, le faltaba casi todo, excepto el amor de su familia, de su marido, sus hijos, padres y hermanos, suegros y amigos.

Confió 100% en los médicos y 1000% en su fuerza. Digamos que recurrió a ELLA, a su fuerza interior y descubrió cuánta había.

Luja imaginaba a sus neuronas, hormonas y células cancerígenas bailando y saltando, siempre alegres. No quería que estuvieran tristes, llorando y depresivas con pensamientos negativos. Lo desterró de su cerebro. Prohibido. Visualizaba sus células como si fueran dibujos animados, de esos japoneses con los ojos muy grandes, como si quisieran salirse de la cara. Bailaban todas las células, las sanas y las enfermas.

Y de eso se trataba. Luja quería expresar su fuerza, su poder interior, su deseo de querer anular al bicho de 6 letras. Y así, fueron pasando los ciclos de la querida Quimio que curaba a Luja pero le hacía pequeña. No se recuperaba de un ciclo a otro. Su cuerpo no producía defensas suficientes.

- Defensas. ¡Qué gran palabra, se repetía, y qué poca importancia le había dado hasta entonces!

Luja imaginaba su sistema inmunológico como un ejército de hematíes que ya no desfilaban por sus venas como antes.

- Ahora que necesito a todos esos soldados, se repetía, se han marchado.

Tumbada en su cama, volvía a decirle a uno de los dedos de su mano que se moviera. Toda su atención estaba en el dedo corazón. Lo miraba sin pestañear diciéndole, muévete, muévete, pero él nada, como si oyera llover. Su cerebro recibía el encargo de un pensamiento, pero la conexión con el dedo no se producía. Y ella seguía y seguía hasta que, por fin, veía levantarse el dedo más largo, el de las palabrotas. Mejor dicho, el del éxito para Luja. Ahí estaba su querido dedo, levantándose del colchón como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Y además acababa de llegar la familia urraca que parecía vigilar de cerca la enfermedad de Luja. Cáncer de Mama. 6 letras, una palabra llana... para muchos impronunciable porque asusta y aterra.

A Luja en cambio le encanta pronunciarla. Porque no es una enfermedad, son miles, no es igual a muerte sino igual a hibernación, investigación, tratamientos, quimioterapia, radioterapia, también... apartarte de la vida un tiempo para coger fuerzas y volver a ella.

Así es como Luja volvió a ser la misma mujer alegre, fuerte y llena de energía.

(Y claro, Luja es el pseudónimo de Luna y Javier, hijos de otra mujer más con cáncer de mama a quien su oncóloga siempre repite: estás muy bien Rocío, pero no puedo decir que estés curada)